

Handball: juego, inclusión y transformación social

Blanco, Lucas Iván,

Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 31,

blancolucas279@gmail.com.

Cabrera, Sheila Paloma,

Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 31,

palomacabrera1612@gmail.com.

Garijo, Matilda,

Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 31,

matildagarijo@gmail.com

Keilis Carrasco, Lara Florentina,

Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 31,

larak20@outlook.es

RESUMEN

Somos estudiantes del Profesorado de Educación Física, oriundos de la ciudad de Necochea, y cursamos el segundo año de la carrera en el Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 31. Este trabajo fue realizado en el marco de la asignatura didáctica de las prácticas deportivas I (handbol), bajo la orientación de la docente Agustina Romero.

Como futuros docentes, hemos aprendido que el deporte no puede ser pensado solo como una actividad física, sino como una práctica social cargada de significados. Más allá de su dimensión corporal, el deporte actúa como un espacio donde se construyen identidades, se transmiten valores y se generan vínculos comunitarios. Es un fenómeno cultural que refleja y moldea las dinámicas sociales, políticas y económicas.

En este texto, nos proponemos reflexionar sobre el handball no solo como contenido de enseñanza en la escuela, sino como fenómeno cultural que atraviesa dimensiones sociales, históricas, simbólicas y económicas. Analizar su evolución y su impacto en diferentes contextos nos permitirá comprender cómo esta disciplina puede ser una herramienta para la transformación social y la construcción de comunidades inclusivas y equitativas.

Desde esta perspectiva, indagamos el devenir histórico del handball y su vinculación con diversas dimensiones sociales, culturales y políticas. Lejos de concebirlo como una actividad aislada o recreativa, lo abordamos como un fenómeno complejo atravesado por agentes, instituciones e intereses. Esta mirada nos permitió problematizar su desarrollo histórico, su institucionalización, los modos de consumo que lo rodean y su impacto en contextos de desigualdad social.

Palabras claves: consumo, desigualdad, deporte elite, educador, socialización.

Sociología del deporte

Pierre Bourdieu plantea que el deporte no puede desligarse de los entramados políticos y sociales en los que se inscribe. En ese sentido, la Educación Física no posee un único objeto de estudio ni puede ser reducida a una sola disciplina, ya que en ella intervienen múltiples agentes con diversos intereses.

Asimismo, el deporte ha sido apropiado en muchos casos por la lógica del mercado. En consecuencia, los cuerpos se vuelven mercancías, las marcas invaden los espacios deportivos y el éxito se mide por la performance. Esto tiene un impacto directo en la forma en que los jóvenes se vinculan con el deporte.

En línea con esta idea, Bourdieu, en el texto “Programa para una sociología del deporte”, explica que el deporte es una forma de consumo cultural, donde los agentes se apropian de las prácticas deportivas según su posición en el espacio social. De este modo, mientras ciertos sectores acceden a clubes privados, entrenamientos personalizados y competencias internacionales, otros solo encuentran en la escuela o el club de barrio una oportunidad para jugar. Este consumo desigual también moldea las aspiraciones.

Además, dicho consumo desigual se convierte en un medio de diferenciación social, donde las elecciones de productos pueden reflejar distinciones de clase, cultura y estilo de vida. Por ejemplo, el consumo de marcas de lujo puede asociarse con un estatus elevado. Así, las prácticas de consumo no solo satisfacen necesidades materiales, sino que también son herramientas de autoexpresión y construcción de identidad en un contexto social más amplio.

En base a lo antes mencionado, el autor propone una sociología del deporte, que es fundamental para comprender las dinámicas sociales, culturales y económicas que influyen en las prácticas deportivas y en la experiencia de los individuos. A través de este campo de estudio, se pueden analizar las interacciones entre el deporte y factores como la clase social, el género, la raza y la política, lo que permite una comprensión más profunda de cómo el deporte refleja y reproduce estructuras sociales existentes.

Finalmente, la sociología del deporte ayuda a identificar y cuestionar las desigualdades presentes en el ámbito deportivo, como el acceso a recursos, la representación y la visibilidad de diferentes grupos. Esto es crucial para promover la inclusión y la equidad en el deporte, así como para desarrollar políticas que fomenten la participación de todos los sectores de la sociedad.

Deporte y elite

Según la autora Guadalupe Rougier propone analizar al deporte como un instrumento de intervención política, y por lo tanto social, que puede ser utilizado por el Estado para promover el desarrollo de las capacidades (sociales, deportivas) de las juventudes de determinada población.

En contextos vulnerables, muchos jóvenes sueñan con liberarse a través del deporte, alimentados por los modelos del deporte de élite. Sin embargo, muy pocos acceden a ese nivel, lo cual refuerza frustraciones y expectativas poco realistas. En este sentido, es necesario

problematizar las representaciones del éxito deportivo y promover prácticas donde el disfrute, el cuidado del cuerpo y la pertenencia sean los valores centrales.

El deporte de élite ocupa un lugar central en los medios de comunicación y en el imaginario colectivo. Representa el esfuerzo, la disciplina, la victoria, construyendo con frecuencia ídolos que encarnan un modelo inalcanzable, ajeno a la realidad de la mayoría de los jóvenes.

Tal como plantea Bourdieu (1993), el deporte de élite puede reforzar desigualdades al constituirse como un espectáculo que separa al público del actor, convirtiendo al deportista en una figura distante y muchas veces deshumanizada. De acuerdo con el autor, las prácticas deportivas vinculadas al consumo responden a una lógica de oferta y una demanda. Se proponen actividades en función de estas exigencias que surgen en la sociedad. Estas prácticas funcionan como herramientas del poder, porque el deporte y el consumo deportivo ayudan a las clases dominantes y al Estado a entretener a la población, logrando un espectáculo que no genere inquietudes sobre las diferentes situaciones que ocurren en la realidad.

Como afirma Bourdieu:

Me parece que, antes que nada, habría que analizar las condiciones históricas y sociales de posibilidad de ese fenómeno social que damos tan fácilmente por sentado, el "deporte moderno". Habría que interrogarnos sobre las condiciones sociales que han hecho posible que se constituya el sistema de las instituciones y los agentes directa o indirectamente vinculados con la existencia de prácticas o consumos deportivos, desde las "agrupaciones deportivas" públicas o privadas, cuya función es representar y defender los intereses de los que practican un deporte determinado y al mismo tiempo elaborar y aplicar las normas que rigen esta práctica, hasta los productores y vendedores de bienes (equipos, instrumentos, ropa especial, etcétera) y servicios necesarios para la práctica del deporte (profesores, instructores, entrenadores, médicos del deporte, periodistas especializados, etcétera) y los productores y vendedores de espectáculos deportivos y bienes asociados (camisetas o fotos de estrellas, o apuestas, por ejemplo). (Bourdieu, 1993, p. 143).

A partir de este planteo la práctica deportiva está condicionada por estos agentes sociales, quienes, mediante agrupaciones y estructuras institucionalizadas, instauran ciertos deportes y los legitiman culturalmente.

En esta línea plantea un aspecto fundamental: el deporte no es un fenómeno neutral. Por el contrario, esta atravesado por múltiples factores como la clase social, el género y el nivel educativo. No es lo mismo practicar golf en un club privado que jugar fútbol en una plaza pública. Algunas disciplinas, desde edades tempranas, son accesibles solo para un pequeño grupo, ya que se enseñan en espacios exclusivos y requieren materiales costosos.

Asimismo, el deporte de alto rendimiento promueve una mentalidad que no siempre es saludable: la competencia a toda costa, la obsesión por rendir al máximo, y la idea de que ganar es lo único que importa. Esta lógica no se limita solo a los deportes de élite, sino que repercute en las escuelas y los clubes barriales.

En consecuencia, en lugar de promover el disfrute o el aprendizaje colectivo, muchas veces se presiona a niños y adolescentes a destacarse, como si todos tuvieran que convertirse en deportistas de alto rendimiento. Cuando no se logra alcanzar esa meta, surgen la frustración, el abandono y la sensación de que “el deporte no es para ellos”.

Esto constituye uno de los puntos más cruciales: el deporte no debe ser solo cuestión de destacarse individualmente, sino una posibilidad colectiva que permita el disfrute y el crecimiento personal de todos, sin importar su origen social o económico. Por lo tanto, la idea no es eliminar la competencia, sino equilibrarla con el disfrute y el aprendizaje colectivo.

Como se señala en el texto “Del cuerpo a la sociabilización, el deporte como instrumento de intervención política (2023)”, el deporte puede constituirse como una herramienta de intervención política. Si bien no resuelve por sí solo problemáticas estructurales como la pobreza, la violencia o la desigualdad, puede ser una herramienta significativa para mitigar sus efectos. En barrios, escuelas atravesadas por la estigmatización y la exclusión, la práctica del handball puede ofrecer oportunidades de expresión y aprendizajes compartidos, vínculos estables, ya que el deporte en la socialización permite el aprendizaje de normas, valores y de nuevas formas de actuar en la sociedad. Fortalece los vínculos sociales, los cuales forman las identidades y subjetividades de las juventudes, sobre todo en los contextos más desfavorecidos.

El deporte termina siendo lucha simbólica, en la cual se ponen en juego distintos capitales culturales y sociales. Por esta razón, cuando el deporte se despliega en zonas de exclusión, es necesario acompañarlo con intervenciones pedagógicas conscientes que contemplen las trayectorias de vida de los jóvenes, sus lenguajes y sus necesidades.

Se apunta a crear oportunidades concretas para los y las jóvenes que se encuentran en situaciones de vulnerabilidad, en instituciones donde existan personas que acompañen sus procesos, brindándoles caminos que promuevan el desarrollo de sus aptitudes físicas y mentales.

Este proceso de sociabilización es analizado desde dos perspectivas. Por un lado, el paradigma funcionalista, que sostiene que las personas incorporan normas preexistentes en la sociedad. Desde esta visión el deporte es visto como una herramienta que transmite valores positivos, como la disciplina, el respeto o la cooperación ayudando a las personas a la integración social.

Por otro lado, el paradigma interaccionista plantea que las normas y valores no están dados de antemano, sino que se construyen a través de las interacciones sociales. Es decir, la sociabilización ocurre cuando las personas interactúan, se relacionan y se adaptan unas a otras. El vínculo social no está antes del encuentro, sino que se crea en el encuentro mismo.

En este contexto, la escuela ocupa un lugar clave como institución que democratiza el acceso a ciertas prácticas deportivas. Al introducir normas comunes y prácticas regladas posibilita que niños y jóvenes de diferentes sectores sociales accedan a experiencias deportivas organizada, ayudando a acortar las brechas históricas entre clases.

En relación con esto el handball ha evolucionado a lo largo del tiempo, pasando de ser una actividad escolar con distintas versiones locales a consolidarse en un deporte internacional unificado.

En sus inicios, cada país adaptó el juego según sus propias necesidades, lo que generó variantes con diferentes reglas. Sin embargo, con el tiempo y el crecimiento del deporte, se buscó unificar normas para facilitar la competencia internacional.

Cabe señalar que el handball proviene de los juegos de pelota tradicional de Europa central desarrollados sobre el final del siglo XIX y principios del XX como resultado del trabajo de docentes de distintos países, preocupados por ofrecerlos como agentes de la educación física

en la actividad escolar. Esta tendencia fue potenciada por la relación de varios de ellos en el mismo país y por la realización de cursos específicos a los que asistían profesores de diferentes nacionalidades.

Entonces, ¿Cómo se da el nacimiento deportivo del handball?

En relación con el desarrollo histórico del handball, tal como lo expone Medinelli, este deporte tiene sus raíces en los juegos tradicionales de Europa Central a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Inicialmente asociados a prácticas militares o de combate, donde arrojar un objeto hacia un blanco era parte del entrenamiento físico y estratégico. Estos juegos fueron transformándose en pasatiempos populares con reglas más definidas y estructuras organizadas. Su progresiva institucionalización reflejó los cambios sociales y culturales del período.

El nacimiento formal del handball como deporte reglamentado se atribuye a los alemanes Carl Schelenz y Max Heiser, quienes sistematizaron observaciones de prácticas similares en distintos países y, en 1917, publicaron un reglamento que dio forma al handball de campo grande. Este fue promovido inicialmente como complemento de otros deportes como la gimnasia, el remo o el atletismo, bajo la órbita de la Federación de Gimnasia.

Este pasaje de prácticas populares a disciplinas organizadas también refleja un movimiento desde el espacio abierto al espacio cerrado. En sus primeras versiones, el handball se jugaba en grandes campos al aire libre (como el fútbol, con la mano en este caso). Pero con el tiempo, especialmente con la urbanización, el crecimiento de las escuelas y los clubes deportivos fue adoptando su forma de handball reducido, más adaptable a las condiciones institucionales y escolares. Países como Alemania, Dinamarca y Suecia (entre otros) fueron claves en este proceso de reglamentación y expansión, incorporando el deporte a los programas de educación física, lo que potenció su difusión y legitimación.

Sergio Medinelli, ofrece una visión detallada sobre la historia y la evolución del handball. En todas las corrientes, se jugaba con diferentes técnicas y reglas, pero lo que se puede afirmar, es que todas tenían un mismo objetivo: lanzar un elemento con potencia y precisión a un blanco. Esto permite vincular el desarrollo del handball con la cultura, ya que las formas de juego, los objetivos y las reglas reflejan los valores, necesidades y modos de organización de cada sociedad en un momento histórico determinado.

Otra similitud entre las distintas corrientes es la simplicidad. Para practicarlos no se necesita más que una pelota de goma, un espacio libre y la predisposición. No se requieren instalaciones costosas ni equipos especializados, lo que lo convierte en una buena opción para las escuelas públicas y los clubes comunitarios. Además, su lógica de juego favorece la cooperación, la estrategia grupal y el respeto mutuo.

La historia del handball, entonces, no puede desligarse de los procesos de modernización, escolarización y control social. Tampoco puede ser leída por fuera de las relaciones de clase: si bien en sus orígenes estuvo más ligado a sectores medios y altos con acceso a clubes y estructuras deportivas, su expansión mediante el sistema escolar permitió una relativa democratización. Aquí vuelve a aparecer la escuela como mediadora, como institución que, al normativizar las prácticas corporales, produce igualdad de acceso, disciplina y pertenencia.

Por esto mismo, el handball tiene un gran potencial para ser una herramienta transformadora, pero es fundamental adaptarlo a nuestra realidad. No se trata de copiar un modelo, sino de construir nuestras propias formas de enseñar y acondicionarlo acorde a nuestro grupo de alumnos.

Ejemplificamos lo abordado; imaginemos una escuela pública en el conurbano bonaerense. Un patio de cemento, líneas marcadas con tiza, una pelota media desinflada y a pesar de eso, se juega. Formando equipos mixtos, con gritos, risas y protestas del docente.

Al fondo del campo, hay una alumna que nunca se animaba a participar, realizando su primer gol. Esa experiencia no figura en ninguna estadística, pero tiene un gran valor. Porque en esos momentos no solo se juega también: se construye autoestima, pertenencia y vínculo. Y a eso, es a lo que queremos llegar.

El Estado y las políticas públicas

Ahora bien, como dijimos anteriormente, para que todo esto sea posible, es imprescindible la intervención del Estado. Este es el encargado de generar políticas públicas sostenidas que fomenten y acompañen el desarrollo deportivo, escuchar las demandas de los jóvenes y acompañar los procesos. No basta con entregar materiales de manera esporádica; es necesario formar docentes, abrir espacios, financiar proyectos comunitarios y garantizar la continuidad de las actividades.

Las políticas públicas deportivas no deben ser aisladas, sino pensadas en diálogo con las comunidades y las personas que están en la práctica deportiva cotidiana. Si el deporte forma parte de una red de contención que incluye también la salud, la educación y la cultura, tendrá el poder de transformar realidades.

Por otro lado, y para finalizar, nos parece relevante realizar este planteamiento no menor. A lo largo de la historia, el handball fue principalmente un deporte masculino, donde se valoraban la competencia, la fuerza y la resistencia. Las mujeres eran vistas como “inferiores” en comparación con los varones. No obstante, esta situación está cambiando, y el deporte se presenta como un espacio para romper estereotipos, aunque aún existen prejuicios, actitudes discriminatorias y falta de apoyo.

Es muy importante incorporar las perspectivas de género en la educación, ya que es una condición indispensable para que todas las personas puedan participar, disfrutar y crecer con igualdad. Es necesario crear infraestructuras inclusivas, horarios equitativos, torneos mixtos y, sobre todo, erradicar la idea de que solo lo masculino es lo “serio” en el deporte.

Actualmente el deporte profesional está atravesado por múltiples presiones: rendimiento constante, exposición mediática, productos deportivos. Esto no solo afecta a los deportistas, sino que también moldea las expectativas de quienes aspiran a seguir ese camino.

Se nombran las múltiples dimensiones del handball como práctica deportiva, educativa y social. Desde su historia hasta sus usos contemporáneos, el handball se presenta como una herramienta poderosa que puede colaborar con la transformación social, siempre y cuando se utilice de manera crítica, situada y consciente. En los diferentes contextos, el deporte no es una solución mágica, pero sí una posibilidad de construir lazos, generar pertenencia y ofrecer alternativas.

Desde sus orígenes, el handball fue moldeado por las clases dominantes que buscaron organizar y regular prácticas populares, transformándolas en deportes institucionalizados. Este proceso no fue neutral, ya que el deporte se utilizó como herramienta de control social, nacionalización y formación de cuerpos útiles para el Estado. Sin embargo, también se convirtió en un espacio clave para la socialización, la construcción de identidades y la transmisión de valores.

En definitiva, el deporte tiene el poder de hacer muchas cosas: puede reproducir desigualdades, puede excluir, puede frustrar. Pero también puede abrir puertas, generando una comunidad con sentido propio. El handball y su capacidad para promover el trabajo en equipo, puede ser una herramienta transformadora en contextos donde muchas otras prácticas fracasan.

Para que esto suceda, se necesita compromiso: de docentes, de familias, del Estado. Sobre todo, es fundamental comprender que el juego no es una pérdida de tiempo, sino una forma poderosa de construir buenos hábitos y futuro. Se debe volver al cuerpo, al equipo, a la alegría compartida y al esfuerzo colectivo. Ese es el camino correcto si queremos que el deporte sea una experiencia que incluya, que cuide y que transforme.

Asimismo, el rol del o la educador/a es fundamental para construir un ambiente seguro y saludable. Desde nuestro lugar como futuros docentes debemos asumir el compromiso de erradicar esos pensamientos o discursos que lo único que hacen es generar desigualdad y malestar en la sociedad.

Por otra parte, es imprescindible visibilizar y comprender que existe una clara división de clases sociales en los deportes y que las prácticas de consumo tienden a profundizar dicha desigualdad. En muchos casos, hay personas que consumen un deporte o lo realizan solo para pertenecer a cierto ‘estatus social’.

Ahora bien, como hemos observado, el deporte siempre está en constante cambio y evolución en base a lo que la sociedad (o un sector específico) necesita, dependiendo de en qué momento histórico se analice al deporte, siempre habrá una concepción diferente acerca del mismo, sin ir más lejos el handball no se trata solo de un deporte, sino también de una forma de convivir con otros. Al practicarlo, las personas aprenden a trabajar en equipo, a comunicarse mejor y a resolver conflictos. Estas habilidades no sólo sirven dentro de la cancha, sino también en la vida cotidiana. Participar en este deporte también fortalece los lazos entre compañeros y compañeras, ya que se necesita cooperar para alcanzar objetivos comunes.

Por todo lo mencionado, el handball no es solo una actividad física, sino también una herramienta para construir una comunidad y aprender a convivir mejor con los demás. En

efecto, el deporte es, en muchos casos, el reflejo de lo que una sociedad busca transmitir: valores, pensamientos, identidades, formas de vincularse.

No obstante, consideramos que todos los deportes deben compartir un principio esencial: la inclusión. Reconocer este concepto como pilar fundamental (no solo en el deporte, sino en la vida) logrará a nuestro entender que personas que históricamente han sido excluidas (como personas con discapacidad, mujeres, personas de bajos recursos o de comunidades marginadas) puedan integrarse, sentirse parte y ser reconocidas por lo que pueden aportar. Esto no solo mejora la autoestima y el bienestar de quienes participan, sino que también contribuye a romper estereotipos y prejuicios dentro de la sociedad.

Pensar en la inclusión en el deporte es pensar en una sociedad más justa, participativa y humana.

Además de su dimensión histórica y económica, el deporte debe ser analizado como una herramienta de intervención social y política, especialmente en contextos de vulnerabilidad. En este sentido, el texto de Guadalupe Rougier nos permite ampliar la mirada desde una perspectiva pedagógica y comunitaria, en la que el deporte es concebido como un espacio privilegiado para la construcción de lazos sociales, subjetividades e identidades juveniles.

El deporte, señala la autora, ayuda a romper con la rutina de riesgo a la que muchas veces se ven expuestas las juventudes en contextos desfavorecidos. Fomenta la autoestima, el sentido de pertenencia y fortalece vínculos con los pares, las familias y los referentes institucionales. Además, proporciona un marco estructurado para el desarrollo de habilidades como el autocontrol, la gestión del fracaso, la cooperación y la toma de decisiones. En este marco, el cuerpo deja de ser solo una estructura biológica y se convierte en soporte de experiencias, sensaciones, vínculos y aprendizajes.

El papel que cumplen los y las educadoras en el deporte va mucho más allá de enseñar una técnica o preparar físicamente a los jóvenes. Su tarea principal es estar presentes de verdad, con compromiso, en la vida de cada adolescente, especialmente en aquellos que atraviesan situaciones difíciles.

Podemos pensar al educador como alguien que acompaña, escucha, contiene y ayuda a construir un camino más digno y humano. Estar presente no significa solo estar físicamente, sino involucrarse emocional y socialmente. El educador tiene que saber generar un vínculo

cercano y sincero con sus estudiantes. Ese vínculo se construye desde la reciprocidad: ambas partes se escuchan, se entienden y aprenden mutuamente.

Así, se forma una relación de confianza donde los y las jóvenes pueden sentirse valorados y apoyados. Sin embargo, para que este vínculo sea sano y útil, es fundamental que el educador sepa mantener un equilibrio. En otras palabras, debe acercarse lo suficiente para comprender lo que le ocurre al otro, pero también tomar cierta distancia para poder ver el panorama completo y actuar con objetividad. Este equilibrio es lo que se llama la dialéctica proximidad-distanciamiento.

Para ejemplificar, imaginemos una situación que puede llegar a ocurrir. En una escuela donde un grupo de alumnos de diferentes clases sociales participa en un partido de handball, se producen comentarios despectivos entre los jugadores de diferentes orígenes socioeconómicos, lo que genera tensiones y un ambiente hostil. Algunos estudiantes se sienten excluidos y desmotivados, lo que afecta su rendimiento y la participación en el equipo.

Desde la mirada de la autora Guadalupe Rougier, podría afirmarse que la resolución de este conflicto comenzaría con la intervención del educador, quien debe acercarse a los jóvenes con empatía y comprensión. El educador podría organizar una reunión donde todos los miembros del equipo puedan expresar sus sentimientos y experiencias, fomentando un espacio seguro para la comunicación. A partir de esta interacción, el educador puede facilitar un diálogo que permita a los jóvenes reflexionar sobre la importancia del respeto y la inclusión, destacando cómo el deporte puede ser un medio para unir a las personas en lugar de dividir las.

Además, el educador debe trabajar en la creación de políticas inclusivas dentro del grupo, asegurando que todos los estudiantes tengan voz y participación en la toma de decisiones, lo que contribuirá a un ambiente más sano y respetuoso. De esta manera, se aborda el conflicto no solo desde la resolución inmediata, sino también desde la construcción de relaciones más saludables y equitativas en el futuro.

Tal como expresa la autora:

Para lograr que dichos vínculos se creen de manera sana y consciente, es esencial que los/as educadores/as se capaciten, estén presentes, desarrollen su capacidad de escucha, logren ponerse en el lugar de las y los jóvenes para poder entender lo que les

pasa, pero al mismo tiempo poder aconsejarlos desde una óptica alejada de dicho problema. Sin este trabajo, es imposible que las juventudes logren desarrollarse plenamente ya que, como todo ser humano, necesitan de la interacción para poder sobrevivir, para poder aprehender y aprender. (Rougier, 2023, p. 148).

Guadalupe Rougier, en su investigación sobre las escuelas deportivas de San Miguel, ofrece una visión diferente: el deporte como un espacio de encuentro y construcción de comunidad. A través de sus ejemplos cotidianos, Rougier demuestra que más allá de las técnicas deportivas, en los entrenamientos se crean vínculos profundos, confianza y una identidad compartida. Para muchos jóvenes, el deporte es el único lugar donde se sienten reconocidos, escuchados y valorados, una experiencia que va más allá de lo físico.

Asimismo, Rougier resalta el poder del cuerpo y la emoción en la práctica deportiva. En cada entrenamiento, en cada pase, en cada gol, se construyen formas de estar en el mundo: “acá estoy”, “esto soy”, “esto puedo”. Estas son formas de afirmación que muchas veces no se dan en otros contextos de la vida cotidiana.

Además, el deporte ofrece un espacio muy valioso para alejar a muchas personas de hábitos perjudiciales para su salud, pero es importante destacar que no se trata de idealizar el deporte, afirmar que el deporte “aleja de la calle” es una mirada simplista. El deporte debe ser entendido como un derecho, y para que realmente tenga un valor transformador, debe estar respaldado por políticas públicas que garanticen el acceso de todos: con horarios accesibles, docentes capacitados, espacios adecuados y continuidad en el tiempo. Sin estas condiciones, su poder de cambio se debilita.

¿De qué manera podemos comprender al deporte como un fenómeno que va más allá del juego y la competencia?

A lo largo de esta monografía pudimos observar que el deporte, lejos de ser una actividad neutral o meramente recreativa, es un fenómeno profundamente social, político y cultural. Desde el enfoque de Pierre Bourdieu, entendimos que el deporte está atravesado por las relaciones de poder y por los mecanismos de reproducción simbólica. Su práctica, difusión y consumo no se dan de manera espontánea, sino que responden a intereses, disputas y lógicas de mercado que lo convierten en un bien simbólico y económico, ligado tanto a la disciplina como al espectáculo.

En particular, el caso del handball ilustra claramente esta perspectiva. Su devenir histórico muestra cómo una práctica inicialmente funcional a intereses militares y pedagógicos se fue institucionalizando hasta convertirse en una disciplina con reglas propias, visibilidad internacional y valor escolar. Dicha transformación no puede disociarse de los procesos de modernización, escolarización y masificación del deporte, así como del intento por democratizar el acceso a ciertas prácticas históricamente elitistas.

En este punto, la escuela aparece como un actor fundamental para garantizar la igualdad de oportunidades en el acceso al deporte reglado, especialmente en contextos donde otras instituciones fallan en brindar alternativas inclusivas.

Desde esta perspectiva, la mirada de Guadalupe Rougier permite ampliar el análisis al subrayar el rol del deporte como una herramienta significativa en contextos de vulnerabilidad. A través de su función integradora, el deporte favorece la construcción de vínculos sociales sólidos, fortalece las identidades juveniles, promueve hábitos saludables y ofrece posibilidades de movilidad simbólica y territorial.

Sin embargo, este potencial transformador no se despliega por sí solo: requiere ser acompañado por políticas públicas sostenidas, que reconozcan a las juventudes como sujetos de derecho, y no meramente como receptores pasivos de estrategias asistencialistas o dispositivos de control.

A su vez, el handball como hemos visto a lo largo de esta monografía presenta múltiples dimensiones: es una práctica deportiva, educativa, social y cultural. Su historia, atravesada por procesos de institucionalización, muestra cómo pasó de ser un juego popular a una disciplina escolarizada con normas, reglas y valores compartidos. Esta evolución no fue neutral: en muchos casos, sirvió a los intereses de las clases dominantes, que buscaron regular el cuerpo y disciplinar a través del deporte.

No obstante, el handball también se ha convertido en una oportunidad concreta para la transformación social, especialmente cuando se lo utiliza de manera crítica, situada y consciente. En los diferentes contextos, el deporte no es una solución mágica, pero sí una posibilidad real de generar pertenencia, autoconfianza y proyectos colectivos.

En este sentido, el deporte tiene el poder de reproducir desigualdades, pero también el de abrir puertas. Puede frustrar, pero también puede ser el único espacio donde una persona se sienta escuchada, vista, reconocida. Su capacidad para promover el trabajo en equipo y la solidaridad lo convierte en una herramienta poderosa allí donde muchas otras prácticas fracasan.

Para que esto suceda, se necesita un compromiso genuino: de docentes, de familias y del Estado. Y, por, sobre todo, es fundamental recuperar el valor del juego como espacio de aprendizaje, cuidado y construcción de ciudadanía. No se trata de perder el tiempo, sino de invertirlo en crear experiencias que incluyan, contengan y transformen. Volver al cuerpo, al equipo, a la alegría compartida y al esfuerzo colectivo es el camino si realmente queremos que el deporte sea una herramienta de inclusión.

Conclusión

En definitiva, comprender al deporte no solo como una competencia, ni como algo efímero limitado a ‘ganar’ o ‘perder’ sino comprenderlo como un agente de cambio, que sea igual para todos y todas y por consiguiente que sea disfrutable para todo el mundo. Que sirva para socializar con propios y extraños, que favorezca a la formación de vínculos, que permita el desarrollo tanto individual como colectivo, que ayude a romper con las barreras que generan inseguridades y temores, pero sobre todo que forme una sociedad más unida y pacífica.

Finalmente, el deporte puede convertirse en un canal de inclusión, siempre y cuando las políticas que lo promuevan no se limiten a “sacar a los jóvenes de la calle”, sino que les permitan habitar espacios de construcción colectiva, donde puedan desarrollar sus capacidades, ser escuchados y reconocidos como protagonistas. En tiempos de profundas desigualdades, la defensa de estos espacios no es un gesto menor: es una forma concreta de disputar el sentido del presente y proyectar un futuro más justo.

A modo de reflexión consideramos que este recorrido nos permitió pensar al deporte desde una perspectiva mucho más amplia, compleja y socialmente comprometida. Comprender su vínculo con las clases sociales, los modos de consumo, las políticas públicas y la escuela nos hizo valorar aún más el rol que ocupa en la vida de las juventudes y en la construcción de ciudadanía.

Interesarse por estos temas no solo enriquece nuestra formación como futuros docentes o profesionales del deporte, sino que también nos compromete con una práctica más crítica, inclusiva y transformadora. Antes que todo, somos trabajadores de la cultura, profesionales de la enseñanza y maestros pedagogos: por eso, involucrarnos activamente en estas cuestiones no es una opción, sino una responsabilidad.

Referencias.

Bourdieu, P. (1993). Sociología y cultura. Grijalbo.

Bourdieu, P. (2000). Programa para una sociología del deporte. Buenos Aires: Libros del Rojas.

Rougier, G. (2014). Del cuerpo a la socialización. El deporte como instrumento de intervención política.

Medinelli, S. O. (2011). Handball: El saber para su enseñanza. [Autoedición].